

Justicia Social y Tercera Posición

Apuntes Sobre el Peronismo

Por Agustín Torres

Resumen

La aparición del peronismo constituye uno de los sucesos políticos más significativos en la experiencia institucional argentina. Generó un cambio social y pretendió imprimir a un país, poseedor de relevantes potencialidades, un rol alternativo entre las visiones predominantes en el orden internacional de la época. Este aporte aborda algunos aspectos considerables de las políticas justicialistas y sus proyecciones.

Primeras Consideraciones

Desde el surgimiento y consolidación de la figura de Perón, las proyecciones de la doctrina en torno a él erigida acompañaron, con diversa intensidad, la ulterior vida institucional de la Nación. Más allá de la perdurabilidad y adaptación del movimiento justicialista a través de los años, su legado continuó estimulando el análisis.

Las políticas desplegadas por el peronismo, entre las cuales se destacan las impulsoras de una conquista social inédita, determinaron la impresión y transmisión de definidos criterios y orientaciones en la dinámica institucional. En igual medida la impronta del justicialismo introdujo, en algunos casos, y consolidó en otros, la observancia de ciertas pautas en la concepción y la práctica política.

Por ello profundizar en algunos aspectos del peronismo e indagar sobre las modalidades vigentes que reflejan sus continuidades, constituye un valioso aporte para comprender rasgos y sentido del actual ejercicio democrático, pues "para los argentinos, el 45 fue un año decisivo. Para quien quiera comprender el proceso posterior, una lección histórica insoslayable" (Floria, García Belsunce, 2004, p. 911).

Teniendo en mira tal objetivo, en este ensayo explora determinadas facetas del reservorio de contenidos que caracterizaron a las presidencias de Perón, dedicando especial atención al proceso sociopolítico que acompañó el origen del Peronismo, a los avances logrados en materia social y a la política exterior del período.

El País de los Cabecitas Negras. El Juego de Fuerzas Sociales

El creciente desarrollo industrial y el letargo tecnológico de la actividad agraria generaron efectos desde lo urbanístico y demográfico. La demanda creciente de mano de obra, suscitada por el "despegue" industrial, desencadenó una potente expulsión rural, definida por una migración masiva de trabajadores que abandonaban el medio

rural y se instalaban en los centros urbanos. Miles de trabajadores siguieron este curso, a tal punto que “durante la década 1936-1947 la proporción de argentinos nacidos en las provincias que se fueron a radicar en la zona metropolitana de Buenos Aires fue equivalente a casi un 40% de todo el crecimiento vegetativo de esas mismas provincias” (Germani, 1979, p. 342).

La oleada de recientes habitantes se erigió en base del movimiento justicialista que se forjó alrededor de la figura de Juan Domingo Perón. Constituyó uno de los puntos sobre el cual pivoteó la conducción política en surgimiento. Aquella masa de trabajadores, distante de las orientaciones y de la estructura normativa de los viejos trabajadores, aportó la pasividad requerida en un movimiento nacionalista de esas características¹, posibilitando el ascenso del peronismo (Murmis y Portantiero, 2004).

Acompaña este período una serie de sucesos que fijaron un punto de inflexión en la Historia Argentina. Se abre la etapa de las conquistas y reivindicaciones sociales, que Perón propició primero desde la Dirección Nacional de Trabajo -después Secretaría de Trabajo y Previsión- y luego ya desde la Presidencia de la Nación. Para el sector destinatario de esas medidas “habría desde entonces una suerte de ‘edad de oro’ para recordar” (Floria y García Belsunce, 2004, p. 912).

Perón puso en marcha de una suerte de reformas que venían aplicándose en otras latitudes, auspiciando una reivindicación social posible. Pues, en el parecer de Romero “encarnó y concretó un vigorosísimo movimiento democratizador, que aseguró los derechos políticos y sociales de vastos sectores hasta entonces al margen, culminando con el establecimiento del voto femenino y la instrumentación de medidas concretas para asegurar a la mujer un lugar en las instituciones. Los conceptos más tradicionales de democracia no alcanzan a dar cuenta de esta forma, muy moderna, de democracia de masas” (Romero, 1994 p. 60).

Con ello el peronismo concedió una nueva identidad al trabajador, un nuevo sentido de su ser, confiriéndole la dignidad hasta entonces debida, y sin embargo siempre negada. Se inauguraba para los trabajadores la oportunidad de disponer de un tipo de libertad hasta entonces ignorada en muchos casos, una libertad² en sentido amplio.

¹ El movimiento peronista se distinguía del “varguismo” en el parecer de Murmis y Portantiero (2004) debido a que en el supuesto argentino concurre una necesidad de reconstrucción por parte de los nuevos obreros, de su marco normativo, mientras que en el caso brasileño medió una continuidad de los valores tradicionales que orientan la conducta de los nuevos trabajadores.

² En idéntico sentido, Gino Germani expresaba: “La libertad que creían haber ganado era la libertad concreta, inmediata, de afirmar sus derechos contra capataces y patronos, elegir delegados, ganar pleitos en los tribunales laborales, sentirse más dueños de sí mismos. Todo

Expresa en esta dirección Luna que “los trabajadores que habían votado a Perón se sentían libres en tanto ya no podían ser despedidos caprichosamente, planteaban sus exigencias a sus patrones de igual a igual, sabíanse amparados por la Secretaría y conocían la felicidad inédita de unas vacaciones en lugares que sólo habían conocido de nombre, o de un aguinaldo que a fin de año les llenaba los bolsillos. Para ellos, libertad era la esencia de estar representados en la cumbre del Estado por un hombre a quien amaban y en el cual confiaban. El tirano había sido el patrón, el capataz de la fábrica, el mayordomo de la estancia, el inglés del ferrocarril o el comisario del pueblo³” (Luna, 1992, p. 207).

Las prácticas sociales desplegadas por el Peronismo y los efectos emergentes como lógico corolario, despertaron antinómicos juicios, extendidos por igual a lo académico y al colectivo parecer. Para unos significaba el precio pagado a cambio de la enajenación de los trabajadores. Otros lo interpretaban como una espontánea adhesión cual reconocimiento por los beneficios recibidos.

En este sentido Waldmann sostiene que “si tenemos en cuenta la actitud de rechazo con la cual la élite tradicional había acogido las tentativas de integración de las clases bajas, entre 1930 y 1943, y la comparamos con la plétora de reformas sociales que mejoraron en forma decisiva el status social y la situación económica de los obreros en un lapso de apenas dos años, comprenderemos que la toma de posición de los obreros con respecto a Perón estuvo en un todo de acuerdo con sus intereses y puede calificarse de racional y realista” (Waldmann, 1981, p. 156).

Enlazados los avances del novísimo proletariado industrial y el posicionamiento del Peronismo, este último enraizó sus cimientos en estos trabajadores que reconocían en el Líder el origen de su ascenso social. Una nueva vida se abría por completo para el obrero, en la cual ingresaba dotado de una fortalecida personalidad, que las reformas sociales posibilitaron. Como nunca la sociedad les pertenecía, y su injerencia en la misma comenzaba a percibirse.

La movilidad social ascendente que experimentara el plexo de trabajadores, no sólo se debió al aumento del salario sino también a un progreso socioeconómico que redundaba en una mejora de sus condiciones, y de lo cual dió cuenta “la extensión del sistema jubilatorio, que incluía nuevos grupos; beneficios adicionales tales como las vacaciones pagadas y la asistencia médica, cuyos montos quizá alcanzaron la mitad del valor de los salarios; la lucha contra la escasez de viviendas, mediante la

esto fue sentido por el obrero, por el trabajador en general, como una afirmación de la dignidad personal” (Germani, 1979, p. 241-242).

³ “Estos poderes ahora no existían, o existían con una autoridad disminuida. O se habían pasado al lado de acá, como la policía, a las que las masas habían aclamado en las jornadas de octubre de 1945, por primera vez en la historia” (Luna, 1992, p. 207).

construcción de unidades a bajo costo y el otorgamiento de préstamos hipotecarios a bajo interés, canalizados por bancos controlados por el Estado” (Potash, 1982, p, 62). Se complementaba con la posibilidad de salir del analfabetismo a través de la creación de escuelas fábricas; y de alcanzar una mayor calificación de la mano de obra a través de las escuelas de perfeccionamiento para obreros, de nivel secundario.

A partir de ese preciso momento comienza a esbozarse un nuevo diseño urbano; pues estas migraciones internas introdujeron una estética novedosa en la urbe, particularmente en las grandes ciudades. Acompañará este nuevo ordenamiento urbanístico un verdadero bagaje sociocultural en el cual no estará ausente el prejuicio y la segregación. Un sustrato del cuerpo social, hasta entonces poseedores del espacio urbano, colapsó con esta cotidianeidad verificándose ante sus ojos. Contemplan como “hace su aparición un nuevo proletariado criollo, de tez morena, que aprende a usar la pinza y el torno en lugar de la pala y el arado” (Maceyra, 1984, p. 11).

Este caudal de trabajadores se ubicó en los cordones de la ciudad constituyendo las denominadas *villas miserias*, asentamientos suburbanos de notoria precariedad, pero que para los recién llegados adoptó el sentido de transitoriedad, desde lo temporal, hasta poder acceder a una vivienda de mejores condiciones. Sacrificio asumido por la convicción de la “mejor vida” que la ciudad les deparaba, en términos comparativos con la experiencia, dejada atrás, de la vida rural. Y en algún sentido puede que este razonamiento haya gozado de cierta lógica, si se piensa en los servicios sociales, sanitarios y educativos al alcance.

El migrante experimentaba el proceso de adaptación al ámbito urbano, el contacto con una novedosa realidad y un modo de percibirla y afrontarla altamente favorable, desde el instante preciso en que comenzaba a disfrutar de los beneficios sociales. Operaron en él la asimilación de valores acordes con el tipo de medio en el cual le tocaba desenvolverse, a la vez que los mecanismos del control social al cual estaba acostumbrado ya no serían los mismos.

De un control social de tipo no institucionalizado con asidero en el sentimiento de vergüenza respecto del grupo de pertenencia, debía ajustarse a un control social institucionalizado (oficial). El fenómeno de cambio se apreciaba en lo cotidiano. “Al principio a ese hombre al que la miseria consuetudinaria había privado de otras necesidades, le sobró el dinero y lo dilapidó en pañuelos de seda, en perfumes o en discos fonográficos...” (Jauretche, 1975, p. 81). Le costaría tiempo al compacto migratorio interno adoptar la máxima puritana (trabajo, ahorro y espera) que caracterizara al migrante de ultramar⁴.

⁴ De este modo luego “...fue vistiéndose mejor, introduciendo mejoras en su hogar, alimentándose racionalmente, graduando sus diversiones a medida que las nuevas necesidades a satisfacer crecían con su cultura de consumo” (Jauretche, 1975, p. 81-82).

Con la incorporación del nuevo componente humano a la sociedad, las reacciones de sectores que se consideraban –y en muchos casos deseaban serlo- no integrados, no se hicieron esperar. Estas tomaron la forma de la segregación social y el prejuicio separatista. “Este odio, tan irracional y difuso, encontró su expresión adecuada en un racismo elemental y larvado, con la transformación del ‘cabecita negra’ en el chivo expiatorio de sus males” (Sebreli, 2003, p.101).

Provenía en particular de la clase media no participada del progreso económico, quienes debían compartir el mismo espacio urbano con los recién habidos. No se encontraban en esta disyuntiva los estratos social y económicamente más privilegiados, quienes transitaban circuitos espaciales de la ciudad reservados únicamente para ellos, quienes por entonces ya empezaban a brindar muestras del aislamiento social que describirían de manera más intensa a fines del siglo XX y comienzos del presente siglo, a través de los complejos cerrados de viviendas (barrios privados, countries). “El verdadero anticabecita negra era el pequeño burgués; la alta burguesía se movía en un mundo privado de barrios apartados, de casas herméticas, de automóviles veloces; casi no tenía oportunidad de encontrarse en su camino con ‘cabecitas negras’ y se daba el lujo de ignorarlos” (Sebreli, 2003, p.101).

La pobreza y la marginalidad sirvieron para fundamentar el origen del prejuicio. En algunos supuestos la procedencia marginal adquirió un significado cercano a la etnicidad en las manifestaciones segregacionistas⁵. El mote peyorativo y despectivo de ‘negro’, que designaba al obrero en general, receptaba en su contenido el prejuicio y el rechazo de un sector de un cuerpo social escindido y fragmentado.

La propia composición de las fuerzas sociales nutrientes del momento genésico del peronismo, cual corpus de nuevos trabajadores sin comunión de orientaciones con viejas camadas de trabajadores, delataban la ausencia de un marco normativo, dejando traslucir la urgencia por satisfacer una “necesidad convergente de participación emotiva y de soluciones para problemas inmediatos e individuales” (Murmis y Portantiero, 2004, p.121).

La heteronomía que los caracterizaba, y la posibilidad del logro de autonomía que los identificaba, los conducirá a su confluencia en un movimiento en el cual las mencionadas aspiraciones hallen concreción, bajo la dirigencia de una élite ajena al origen obrero. “El populismo se define así a partir de la situación de desplazamiento

⁵ Como sostiene Margulis “...Se mezclan la etnicidad con la pobreza en las manifestaciones más visibles de la discriminación, y el rechazo a lo diferente se combina con el temor al despojo”. (Margulis, 1999, p. 148).

en que llegan a encontrarse grandes contingentes humanos, lo que los transforma en masas manipulables" (Murmis y Portantiero, 2004, p. 122).

Enrolado en el populismo no tardó en realizar su esencia. Pueblo y conductor alimentaban un vigoroso vínculo, garantizado por la identidad que a partir de tal nexo, aquel había descubierto, y que reposaba en una única y compartida instancia afectiva. La voluntad uniformada en un ligámen de alta densidad emotiva, conduciría a transigir pasividad por reconocimiento. Un reconocimiento ofrecido primera por vez, por un movimiento en el cual la búsqueda por la dignidad y la igualdad del trabajador fructificaban.

La necesidad de lograr esa mimética identificación de destinos y propósitos entre los postulados del movimiento y su base popular no dejan de estar presentes en el líder: "... toda organización presupone dos cosas: la formación de todas las almas creando un alma colectiva que piense congruentemente y actúe congruentemente. Después, el organismo, cuando tiene alma, marcha solo, pues el alma lo va llevando. Son las almas las que llevan los cuerpos y no los cuerpos los que llevan las almas" (Perón, 1952, p. 195). "A estudiar las masas, a estudiarlas con sentido social, con sentido psicológico y con sentido sociológico; a penetrarlas, a aprender a conocer los designios de la masa, de la masa misma, porque somos encargados de servirla y debemos interpretarla para poder servirla (...) La conducción es una cuestión más inductiva que de erudición" (Perón, 1952, p. 285).

Las reciprocidades entre pueblo y conductor girando sobre el eje de la conquista social, suministraban la disponibilidad de componentes para la elaboración de una versión afectiva de la relación política.

Se apeló a lo interior en la confrontación con el mundo exterior, una forma de aprehender la realidad extrínseca al sujeto e inmutable por él, desde la propia subjetividad que se eleva así en modo de conocimiento neutral u objetivo. Se habla entonces de *gnosis endocatéctica* [*Endo* (interioridad), *catéctis* (sentimientos), *gnosis* (conocimiento)] (Hernández, 2004, p. 65). "La modalidad cognoscitiva que calificamos como "gnosis endocatéctica", sustituye el dominio histórico de la predicada racionalidad del mundo conservador. No será más eficiente que el patrón de orden del mundo conservador. Será afectiva, netamente afectiva" (Hernández, 2004, p. 65).

Esta variante afectiva se expandió a lo largo del organigrama estatal. "La historia de las empresas públicas, y también las de la administración pública (...) resultaron, por el contrario, diseñadas y gobernadas por normas que respondían al dictado de principios de base endocatécticas" (Hernández, 2004, p. 66).

En determinada medida se concibió al país por entonces desde una óptica puramente subjetiva extendida colectivamente; subjetividad que había recibido sus pautas verificadoras de los mismos principios identificadores del movimiento

justicialista. De este modo se encogían las distancias entre lo concebido como nación y el contenido potencial del movimiento. “Lo que inicialmente fue la doctrina peronista se convirtió en la Doctrina Nacional, consagrada en esos términos por la Constitución de 1949, que articulaban tanto al Estado como a la “comunidad organizada”. Estado y movimiento, movimiento y comunidad confluían en el líder...” (Romero, 1994, p. 59 y 60).

La Dialéctica de Dualidades en el Peronismo

El esquema dialéctico como recurso identitario reconoce una frecuente instrumentación en la práctica política. El movimiento que naciera aquel 17 de Octubre de 1945 no escatimó en arbitrar tal recurso.

Los sujetos que vitalizaron el mecanismo dualista no fueron otros que los involucrados en la misma instancia genésica del nuevo movimiento. El oficialismo con el apoyo del aluvión popular, en parte por él propiciado, y constituido por el grueso de trabajadores nuevos provenientes desde la periferia, atraídos más por la seducción de la vida urbana, que por la industrialización reciente (Murmis y Portantiero: 2004), definió y dotó de sentido al proyecto de Nación.

Los beneficios sociales otorgados, el reconocimiento por primera vez arrimado, la ponderación de la dignidad y la integridad, suscitaban el fundamento suficiente para defender la estructura que lo había hecho posible; y en tal conciencia se actuaba. Se trataba de conservar la libertad por fin adquirida. La oposición política al oficialismo contribuyó a aumentar la brecha de distinción. El sector opositor resultó un término tan genérico como residual. En él se incluyó todo lo que significó contradicción con los nuevos postulados oficialmente predicados; rótulo que renovó dinámicamente su contenido a medida que los engranajes del nuevo régimen se resentían, despertando el descontento de intereses anteriormente comulgantes con aquel.

La mencionada dualidad tuvo manifestaciones de diversa intensidad, alcanzando algunas de ellas severa magnitud. Abarcó por igual las calles y el espacio propio del Órgano Parlamentario. En particular, la Cámara de Diputados, en la cual los debates sintonizaron con la entidad de los enfrentamientos, llegando incluso a la destitución de miembros del cuerpo⁶.

La profundización en el propósito por distinguir, desde lo político al “otro” no tardaría en tergiversar el estado de cosas, deviniendo en el autoritarismo. Todo ello a

⁶ La sensible relación con la oposición en la Cámara de Diputados, se traduce, entre otros sucesos, en el atentado a Rodríguez Araya, la suspensión y luego expulsión de Sanmartino, y en particular el desafuero de Ricardo Balbín (Setiembre de 1949)

pesar de la ausencia -o no concurrencia- de ciertos factores generadores de tensión⁷. Sin embargo, al decir de Romero “había otras fuerzas que empujaban al mantenimiento y acentuación del rumbo autoritario: el propio desenvolvimiento de la maquinaria puesta en marcha, que avanzaba inexorablemente sobre las zonas no controladas, y la poca predisposición para reconstruir los espacios democráticos por parte de muchos de los opositores, jugados a la eliminación del líder” (Romero, 1994, p. 67).

Por entonces, el gobierno pretendió absorber dentro de su plan las más variadas esferas del actuar de la sociedad. Se introduce en la educación, órbita en la cual contó con una organización de neta identificación “La Unión de Estudiantes Secundarios (UES)”; en la administración pública, invistiéndola de la oficialidad partidaria; en las Fuerzas Armadas, en donde se politizó la promoción y selección de jefes militares, y se practicó en su interior un adoctrinamiento justicialista.

Se acomete, en verbo de Romero, la “peronización” de estas instituciones. La afiliación al partido resultó obligatoria, tornándose en exigencia. Las convocatorias populares perdieron su espontaneidad; las congregaciones a la Plaza respondieron a iniciativas oficiales. Se restringieron aún más los conductos de la oposición dentro de la prensa y su obrar institucional dentro de la Cámara de Diputados. (Romero, 1994, p. 67).

La funcionalidad impresa en el modo dual de concebir la política se apreciaba ya en el pensamiento de Perón. Aseveración esta que se fortalece con la exégesis de la terminología empleada por el líder justicialista, en donde puede corroborarse esta tónica⁸, “...sobre todo en la acumulación de conceptos como ‘enemigo’, ‘traidor’, ‘estrategia’, ‘táctica’, ‘lucha’, ‘batalla’, ‘retirada’, ‘víctima’, ‘bandera’, etc...” (Waldmann, 1981, p. 143-144).

En tal sentido en su *Conducción Política* Perón sostendrá que: “la lucha política es lo mismo que la lucha militar, económica, etc. Las luchas son iguales (...) Las leyes que rigen la lucha son todas iguales porque las voluntades son iguales y las masas

⁷ Por entonces la oposición a los Estados Unidos (USA) comenzaba a atizarse, normalizándose las relaciones con el mismo; la economía transcurría por una fase caracterizada por una mayor ortodoxia.

⁸ En cierta medida pueda hallarse una vinculación entre el manejo de la dialéctica de las dualidades, como mecanismo identitario en el orden político, y las raíces militares obrando de fuente en el pensamiento de Perón; temática, esta última, abordada por literatura específica (Waldmann, Page, Rozitchner, Chávez, Arcomano, etc). En esa dirección sostiene Waldmann que “sería un error pretender buscar el origen de todas las medidas políticas de Perón en motivos y principios militares (...). Igualmente erróneo sería, sin embargo permitir que el ‘Político’ Perón nos hiciera olvidar al Perón ‘estratega’, cosa que ocurre con la mayoría de autores que han tratado el tema” (Waldmann, 1981).

que luchan son siempre iguales. Siempre se trata de una voluntad que vence a otra, una voluntad que ha puesto en movimiento a una masa contra otra". (Perón, 1951, p. 21-22). "La acción política es una lucha de voluntades. ¿Cuáles obedecen a nuestra voluntad y cuales a la voluntad contraria a la nuestra?" (Perón, 1951, p. 87).

La Tercera Posición

El nacionalismo, como factor preconizado por el peronismo, fue evocado no sólo en lo interno, sino también de cara a las tendencias mundiales en vigor. A ello respondió la denominada 'Tercera Posición' de la era Peronista. Un modo de contemplar las relaciones internacionales, ofreciendo una alternativa que equidistara de las dos tendencias hegemónicas en ascenso.

Como ha sostenido Hernández "por los años `40 se consagra un ideal humano que buscará dar realidad a una moral trascendente de vida social, colocándose en las antípodas del espíritu del capitalismo y también de la fría racionalidad del ideario socialista" (Hernández, 2004, p. 63). Pues, al decir de Escudé "Perón asumió la presidencia convencido de que podía mantener una política exterior equidistante de los dos polos de poder que se perfilaban en el escenario mundial" (Escudé).

El propio Perón expresaba, por entonces, tal tesitura: "En lo que a la política internacional se refiere, los términos de nuestro accionar son claros y precisos. Sostenemos, desde el instante mismo del nacimiento del Justicialismo, como principios y objetivos básicos en lo internacional, lo siguiente:

1º) La defensa integral de la soberanía nacional en todo nuestro territorio y especialmente sobre la Antártida Argentina, las Islas Malvinas y sus islas dependientes.

2º) El ejercicio pleno de la Justicia Social, la Independencia Económica y la Soberanía Política, como bases para asegurar a cada Pueblo del mundo su propia felicidad, mediante la realización de la propia justicia y la propia libertad.

3º) La Tercera Posición como solución universal distinta del marxismo internacional dogmático y del demoliberalismo capitalista, que conducirá a la anulación de todo dominio imperialista en el mundo" (Perón, 1973).

La política exterior del peronismo, sobretodo del primer gobierno peronista (1945-1955), aglutinó por igual adherentes como detractores. La orientación que se persiguió imprimir a las relaciones exteriores del país y la ausencia de coherencia, en algunos supuestos entre las aspiraciones trazadas y los resultados concretos obtenidos en la arena internacional, constituyeron los disparadores de las contradictorias interpretaciones que condensó la tercera posición.

El peronismo se esforzó por introducir una nueva lectura sobre las condiciones de funcionamiento del sistema internacional. En cierta medida, implicaba un giro en la

percepción de las posibilidades que el país tenía, en cuanto actor, dentro del marco del conflicto Este-Oeste. Sin embargo para la elaboración de esta interpretación propia, se nutrió de algunos componentes preexistentes en el manejo de los asuntos exteriores.

Así echó mano a elementos ya conocidos y ejecutados en las relaciones internacionales del país durante conducciones precedentes. La resolución pacífica y el tradicional neutralismo en las contiendas bélicas internacionales constituyeron pautas a las cuales adscribió la tercera posición. La negativa a intervenir en el conflicto de Corea se inscribe en esta tendencia.

A primera vista puede pensarse que la definición de una línea de comportamiento en el ámbito internacional, aportó mayor previsibilidad al accionar externo. Sin embargo la Tercera posición estuvo lejos de constituir un conjunto de rígidos e inmutables principios. Si bien se hallaba condimentada de directos pronunciamientos sobre sus objetivos y sobre la visión del sistema internacional, lejos estuvo de constituir un conjunto de rígidos e inmutables principios. Muchas de las respuestas y medidas adoptadas en el frente externo, desde la conquista de mercados en el bloque soviético hasta la aceptación de los criterios de seguridad que Estados Unidos -Acta de Chapultepec en 1945 y Pacto de Río en 1947- impuso a la región (Cardoso, 2004), estuvieron impregnadas de un profundo pragmatismo.

Con el correr del tiempo se intensificó el debate en torno al sentido y al valor que debería adjudicarse a la política externa de Perón. Las divergencias oscilan en este aspecto, transitando desde la identificación de la tercera posición con la búsqueda de mayor protagonismo, hasta su consideración como antecedente del "movimiento de no alineados".

En la política exterior de Perón se concentraba su virtud para desentrañar las relaciones internacionales desde la óptica del país y sus particulares potencialidades. Dentro de ella ocupaban un lugar destacado los intentos por anticipar los cambios posibles en la dinámica del contexto internacional, y los consecuentes diseños de estrategias frente a los eventuales rumbos. En "la búsqueda de acuerdos estructurales con vecinos considerados tradicionales rivales de la Argentina (Argentina, Brasil y Chile)" (Cardoso, 2004) en tiempo de Perón, quizás pueda descubrirse antecedentes del proceso de regionalización actual.

Sin embargo el mérito de la Tercera Posición peronista estuvo dado por la iniciativa por generar mayores márgenes de autonomía, explotando los espacios que suministraba la estructura cimentada por el orden bipolar. Un tipo de autonomía en la cual no se discutía el liderazgo occidental de EEUU. Al decir de Juan Carlos Puig, una autonomía de tipo heterodoxa⁹.

⁹ Puig, J. C.; "La Política Exterior Argentina y sus Tendencias Profundas". *Revista Argentina de Relaciones Internacionales*. N° 1. Enero-abril de 1975.

Conclusiones

A partir de las reformas que el movimiento justicialista suscitó, el orden social experimentó profundos cambios. Para un importante sector de la población implicó la apertura de un nuevo y necesario sentido de identidad. Importó el acercamiento de derechos y beneficios sociales, muchos de ellos ignorados, ofreciendo la posibilidad, a un grueso de la población, de incluirse en una sociedad de la cual no constituían, hasta entonces, sino un margen. Mucho o poco (según la perspectiva) de lo alcanzado en este terreno no logró afianzarse en los gobiernos sucesivos; más aun algunos de los objetivos concretados se desvirtuaron. Otros, bajo pretexto de acondicionamiento a nuevas tendencias, se desnaturalizaron; y aquellos que realmente precisaron de un aporte adaptativo, nunca receptaron una acción eficaz en tal sentido.

El justicialismo portó también otro significado para la institucionalización argentina, introduciendo o permitiendo la consolidación de pautas de conducta en el modo de hacer política, y la internalización de valores en el proceso apreciativo y ponderativo de ella. El verticalismo, cuyo despliegue el Estado argentino recuerda ensayarse ya en Roca, Irigoyen y Justo (Romero, 1994, p. 59), no logró desarraigarse, a partir de entonces, del modo operativo de los partidos políticos y de los gobiernos de turno, sin prescindir del origen ideológico.

Si bien el país disponía de valiosos recursos y potencialidades en un contexto internacional muy diferente al actual, la política exterior peronista tuvo el mérito de intentar una lectura anticipada y ambiciosa del orden internacional vigente. Bajo la pretensión de arrogarse un espacio alternativo entre las dos visiones antagónicas, profesó la fe en el desarrollo de autonomía sin ignorar los condicionantes del momento.

Habiendo transcurrido más de treinta años sin Perón muchos de los postulados de la Doctrina –y no teoría tal cual él la distinguiera- Justicialista siguen alimentando el análisis de la problemática institucional argentina, pues como expresa Luna (1984) en su *Epílogo Hacia La Década Peronista*, “el país, en la actualidad, sigue moviéndose dentro de las grandes líneas que aquel año se formularon (...) Perón ya no gobierna en la Argentina... pero el proceso que él promovió en 1945 sigue dando sentido a nuestros tiempos contemporáneos, y, nos guste o no, vivimos todavía bajo el decanato de 1945”.

Referencias

- Cardoso, O. R., "La 'tercera posición': lejos de Washington y de Moscú", Diario *Clarín*, edición del Jueves 01 de Julio de 2007.
- Escudé, C. *Historia de las Relaciones Exteriores Argentinas*, Parte III, Tomo XIII, Cap. 61, CEIEG, Universidad del CEMA, 2000.
- Floria, C. A. y García Belsunce, C., *Historia de los Argentinos*, ed. Larousse, Bs. As, 2004.
- Germani, G., *Política y Sociedad en una Época de Transición*, ed. Paidós, Bs. As., 1979.
- Hernández, R., *El Silencio de los Engranajes*, ed. Artesciencia, Argentina, 2004.
- Holloway, J., *Cambiar el Mundo sin Tomar el Poder*, ed. Herramienta, México, 2002.
- Jauretche, A., *Los Profetas del Odio y la Yapa: la Colonización Pedagógica*, ed. A. Peña Lillo, Bs. As., 1975.
- Luna, F., *Perón y su Tiempo. La Argentina era una fiesta*, T. 1, ed. Sudamericana, Bs. As., 1992.
- Luna, F., *Perón y su Tiempo. La comunidad organizada*, T. 2, ed. Sudamericana, Bs. As., 1992.
- Luna, F., *El 45. Crónica de una año decisivo*, ed. Sudamericana, Bs. As., 1984.
- Maceyra, H., *La Segunda Presidencia de Perón*, Biblioteca Política Argentina, ed. Centro Editor de América Latina, Bs. As., 1984.
- Margulis, M., *La Segregación Negada. Cultura y Discriminación Social*, ed. Biblos, Bs. As, 1998.
- Murmis, M. y Portantiero, J. C., *Estudios Sobre Los Orígenes Del Peronismo*, ed. Siglo XXI, Bs. As., 2004
- Perón, J. D., *La Tercera posición*, Mensaje leído el 7-IX-1973 en la IV Conferencia de Países No Alineados efectuada en Argel.
- Perón Juan Domingo, *Conducción Política*, Escuela Superior Peronista, Bs. As., 1951.
- Potash, R., *El Ejército y la Política en la Argentina 1945-1962*, ed. Sudamericana, Bs. As., 1982.
- Puig, J. C.; "La Política Exterior Argentina y sus Tendencias Profundas". *Revista Argentina de Relaciones Internacionales*. Nº 1. Enero-abril de 1975.
- Romero, L. A., *Breve Historia Contemporánea de Argentina*, ed. Fondo de Cultura Económica, Ba. As., 1994.
- Sebrelli, J. J., *Buenos Aires, Vida Cotidiana y Alienación, seguido de Buenos Aires, Ciudad en Crisis*, ed. Sudamericana, 2003.

- Waldmann, P., *El Peronismo*, ed. Sudamericana, Bs. As., 1981.